



Grandioso Santuario dedicado a Ntra. Sra. de la Salud en la Diócesis de Mylapore, India, a donde acuden anualmente no menos de CINCUENTA MIL peregrinos.

AÑO VII
No. 81
OCTUBRE
1945
Caracas
Venezuela

La Novela de un Misionero

Por G. SAGEHOMME S. J.

(Continuación)

por expirar. Al punto el Padre se puso en camino. A través de estrechos senderos, guiado por el catequista, recorrió una distancia bastante larga, y llegó a la cabaña nauseabunda y llena de humo.

El niño agonizaba; los padres, paganos ambos, contemplaban su agonía mirándole estúpidamente. El Padre Marcelo toma al niño, lo lleva fuera de la choza, a orillas de un arroyo; viendo que el tiempo urge, saca agua de la corriente y bautiza al pequeño moribundo, que expira casi al punto en sus brazos.

Tiende entonces el pobre y raquítico cuerpecito sobre una estera en la cabaña, le junta las manos y coloca en ellas un pequeño crucifijo de cobre; después de algunas palabras de consuelo a los padres, que parecen no oirle, ocupados en preparar su comida, el Padre Marcelo emprende la vuelta.

Su pensamiento estaba como perdido en Dios: la impresión, que este primer bautizo, esta primera alma enviada por él al cielo, había hecho en su alma, era viva y profunda; se figuraba la alegría y la admiración de aquel pobre niño al despertarse de repente en la vida eternamente feliz del paraíso; pensaba en el reconocimiento que aquel rescatado experimentaría hacia su libertador, y se sentía mejor protegido, más abundantemente bendecido, ahora que tenía allá arriba, en la gloria, aquel pequeño intercesor, hecho poderoso delante de Dios.

Veía en esta fácil conquista las primicias de una mies abundante y su alma se abría a la esperanza...

□

Al pasar por delante de la cabaña de Kipo, uno de los paganos más asiduos al catecismo, vió salir de la choza al

señor Van Steer, más rozagante y más fresco que nunca. Cuando éste apercibió al misionero, tomó el camino del bosque para no verse obligado a saludar: el Padre dirigió a Kipo, que estaba en el umbral, un amistoso "buenos días", pero el pagano le miró con insolencia, no respondió al saludo y volvió a entrar rápidamente en su choza.

Aquello fué como un golpe de una espada fría en el corazón del Padre Marcelo; presintió algo malo y regresó a su casa lleno de una vaga ansiedad.

Al día siguiente, de los once paganos que aprendían el catecismo, sólo vino Kipo; pero fué para dirigir al Padre un discurso que ciertamente no era suyo.

—Vengo a decirte que, en adelante, no nos esperes más: tenemos nuestros dioses que valen tanto como el tuyo, y seguiremos sirviéndoles.

Para acentuar su dicho, sacó de entre los pliegues de una especie de capa, que cubría su cuerpo, un horrible fetiche de madera que representaba una horrorosa figura llena de clavos de cabeza grande, y la agitó con insolencia ante los ojos del misionero. Luego se retiró.

El Padre Marcelo comprendió de dónde venía el golpe: sin tardanza, a pesar de los reproches de Juan, desafiando el sol, que lanzaba rayos, partió; atravesó el pueblo, anduvo durante hora y media, y llegó, por fin, agotado por el cansancio, al umbral de la hermosa casita del agente.

□

Van Steer estaba sentado en el zaguán fumando su pipa en compañía de otro blanco. El misionero se acercó y el agente siguió tendido en su sillón; pero habiéndose levantado respetuosamente su compañero, Van Steer se vió forzado a imitarle y procedió en seguida a las presentaciones:

—El Padre Marcelo; el señor Breland, agente de Kengoka.

El misionero se inclinó y extendiendo la mano, que Breland estrechó con cordialidad sincera, dijo a Van Steer:

—Venía, señor, para arreglar con usted una diligencia personal; pero puesto que le encuentro ocupado, no tengo más que retirarme... Volveré otro día.

A pesar de su extremo cansancio, se disponía a tomar de nuevo el largo camino de regreso, y Van Steer, descortés hasta la grosería, no tenía ni una palabra ni un gesto para retenerle, cuando Breland le detuvo:

—A mí me corresponde retirarme, Padre mío —dijo—; quédese usted y trate su negocio con toda libertad.

Pero Van Steer intervino a su vez:
—No, no; quédate, Breland, puedes oírlo todo.
Adivinaba el objeto de la entrevista, y esperaba encontrar en su colega apoyo y aprobación.
Breland, siempre cortés, replicó inclinándose:
—¿Es éste también su parecer, Padre mío?
El Padre Marcelo asintió con una sonrisa, y sin más tardar, tomó la palabra:
—Desde mi llegada aquí —dijo—, instruía a algunos negros paganos, que me parecía gustaban mucho de la enseñanza del evangelio; pero esta mañana han faltado todos a la cita; vino únicamente uno de ellos para decirme que no contara más con él ni con los demás. Usted comprenderá, señor, la aflicción de mi corazón de sacerdote ante esta novedad...
—Lo siento pero no puedo hacer nada —interrumpió Van Steer con tono arrogante.
—Perdóneme usted, señor, pero yo creo lo contrario.
—No me irá usted a pedir que predique sus doctrinas.
—No, me contentaría con pedirle que no predicase las contrarias.
El agente, embarazado, dudó un momento:
—¡Ah!, usted sabe... —dijo— ¿usted cree saber que yo aparto a mi gente de prestar fe a sus enseñanzas? ¿Por qué lo supone usted? ¿Me ha hecho espiar por sus fieles?
Siempre de pie y chorreando sudor, el Padre Marcelo iba a responder; el señor Breland tomó la palabra:
—Mi reverendo Padre —dijo recalcando esta interpelación respetuosa—, siéntese usted, se lo ruego; veo que está usted muy fatigado.
Con una sonrisa de agradecimiento, el misionero aceptó y Van Steer, avergonzado de la lección, repitió con voz menos altanera:
—Verdaderamente, Padre mío, ¿por qué supone usted eso?
El Padre Mercelo, pronto a excusar toda falta, creyó haberse dejado llevar a juzgar temerariamente.
—Le vi a usted —dijo dudando— salir de la choza de Kipo...
—¡Ah!, Kipo es un borracho; le he predicado la templanza; ¿me va usted a reprender por eso?
El misionero no tuvo otro recurso que inclinarse, y después de algunas frases triviales, se levantó para partir; el señor Breland le detuvo:
—Usted no está en estado de caminar, Padre mío; si yo estuviera en mi casa,

le invitaría a descansar más largo tiempo.

A Van Steer le salieron los colores al rostro.

—Ciertamente —dijo, ciertamente, yo me gozaría...

Pero el sacerdote no quiso oír nada:

—No, no, tengo que volver.

—Al menos —dijo Breland— acepte usted mi bastón, se lo suplico; le ayudará para el camino... Muy pronto iré a reclamarlo.

El Padre Marcelo sonrió amablemente:

—Esa promesa me obliga a aceptar, señor, y cuento con que usted no faltará a ella.

Cambiaron saludos, y el misionero, apoyado sobre el bastón del caritativo blanco, se alejó, reflexionando en lo que acababa de oír.

—Yo bien creo —pensaba— que el señor de Van Steer es hostil no sólo a mi persona, sino también a la religión... Sin embargo, no tengo pruebas palpables...

Entretanto los dos agentes discutían, no sin acritud.

—¡Yo no sabía que eras clerical, Breland!

—Es necesario tomar otro partido, Van Steer; soy católico y me enorgullezco de ello.

—¡Yo no!

—Es de sentir... No me toca juzgar tus actos pero creo que vas por un camino errado.

—¿Cómo? Inpidiendo a mis negros...

—Ir a la civilización por la religión, sí: tú debías, por el contrario, invitarlos y aún empujarlos; es la verdadera, la única manera de desbastarlos un poco.

—Ese es tu parecer, Breland, pero no es el mío —respondió secamente Van Steer—; además, acuérdate de que tú no tienes que darme orden ninguna.

Era verdad; Breland era de natural pacífico... Hablaron de otras cosas.

□

Cuando volvió a entrar en su casa el Padre Marcelo, estaba agotado de fuerzas: Juan quiso servirle comida; pero le fué imposible tomar alimento alguno.

Al día siguiente, después de una noche sin dormir, se levantó tan débil, que no podía tenerse en pié; estaba ardiendo y helado a la vez, sufría un quebrantamiento universal. Juan se compadecía:

—¡Dios mío! —exclamaba— y sin ningún médico en este perro país!

—Dame un poco de quinina —pidió el enfermo—; todo pasará en un momento.

(Pasa a la pág. 143)

VENEZUELA MISIONERA

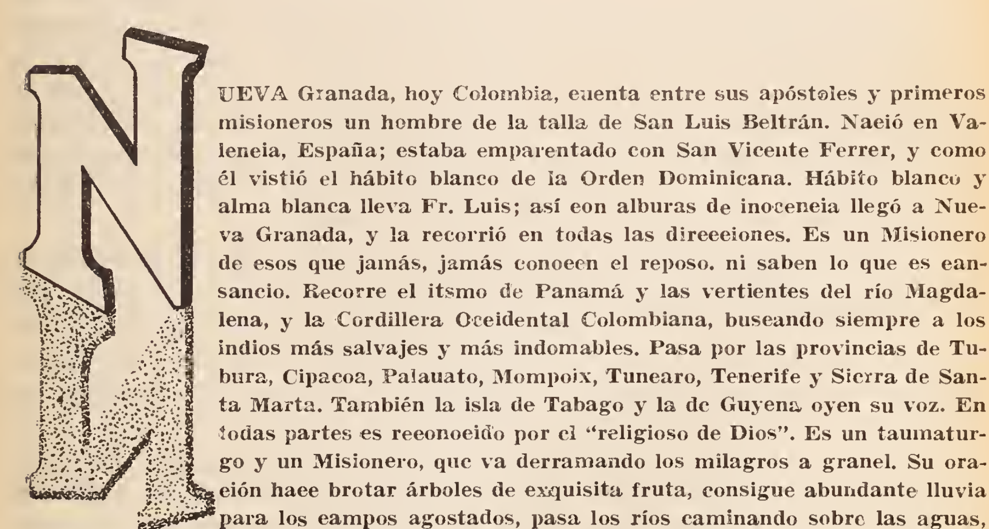
REVISTA MENSUAL
ILUSTRADA
CON APROBACION ECLESIASTICA
Y DE LA ORDEN
SUSCRICION ANUAL: BS. 5
PARA EL EXTRANJERO: $ 2



DIRECCION
Y
ADMINISTRACION
PP. CAPUCHINOS – LA MERCED
APARTADO 261 – TELEFONO 3562
CARACAS–VENEZUELA

AÑO VII — OCTUBRE DE 1945 — Nº 81

Estampa Misional del Mes



UEVA Granada, hoy Colombia, cuenta entre sus apóstoles y primeros misioneros un hombre de la talla de San Luis Beltrán. Nació en Valencia, España; estaba emparentado con San Vicente Ferrer, y como él vistió el hábito blanco de la Orden Dominicana. Hábito blanco y alma blanca lleva Fr. Luis; así con alburas de inocencia llegó a Nueva Granada, y la recorrió en todas las direcciones. Es un Misionero de esos que jamás, jamás conocen el reposo. ni saben lo que es cansancio. Recorre el itsmo de Panamá y las vertientes del río Magdalena, y la Cordillera Occidental Colombiana, buscando siempre a los indios más salvajes y más indomables. Pasa por las provincias de Tubura, Cipacoa, Palauato, Mompoix, Tuncaro, Tenerife y Sierra de Santa Marta. También la isla de Tabago y la de Guyena oyen su voz. En todas partes es reconocido por el "religioso de Dios". Es un taumaturgo y un Misionero, que va derramando los milagros a granel. Su oración hace brotar árboles de exquisita fruta, consigue abundante lluvia para los campos agostados, pasa los ríos caminando sobre las aguas, increpa duramente a los encomenderos por los malos tratos que dan a los indios, y sentado a la mesa con ellos y exprimiendo el pan que mana sangre, les dice: "Este es el sudor de los pobres indios; ved de qué manera amasáis vuestro sustento". Los caribes lo han amenazado con la muerte, si tiene el atrevimiento de entrar en su territorio; entra, y los convierte a todos ellos; doscientos indios lo persiguen, armados de piedras y flechas para matarlo, y al llegar a su presencia, deponen las armas, se convierten y son bautizados. Es la vida de este insigne y santo misionero algo maravilloso. Siete años permaneció en Colombia, y en este lapso de tiempo llegó a bautizar quince mil indios. ¿Verdad, amable lector, que es una suma algo respetable?

Missionarius.

EDITORIAL

Para el día de las Misiones Católicas

"Decid a todos, en todos los lugares, que la santa causa de las Misiones es la que más preocupa nuestro espíritu y más íntimamente conmueve nuestro corazón". Así hablaba el Papa Pío XI a los representantes de la Obra la Propagación de la Fe en abril de 1924. Y aquellos representantes, como todos cuantos han estado y están al frente de las Obras Pontificias Misionales, han venido repitiendo al mundo entero lo grande y excelente de esta causa y de esta obra: "Las Misiones Católicas".

Las Misiones quieren resolver el problema de la conversión de mil millones de almas, que aún permanecen lejos de la Iglesia verdadera, fuera de la verdad, apartadas de las claras luces del Evangelio y de espaldas a la cruz redentora. Es el problema propuesto por Cristo, al bajar del cielo a la tierra y al emprender su grandiosa obra de apostolado, y que para continuarlo seleccionó doce apóstoles y setenta y dos discípulos, y ahora en pleno siglo veinte cuenta con un ejército debidamente organizado de misioneros y auxiliares eficientes dentro y fuera de los campos de misión.

Unos y otros en distinta forma persiguen el mismo fin: la conversión de los infieles, la dilatación del reinado de Cristo. Los misioneros en los campos de la gentilidad trabajan y se sacrifican; predican y enseñan, bautizan y administran los demás Sacramentos. El pueblo creyente sigue sus pasos, observa sus movimientos, se interesa por el resultado de sus trabajos y ayuda a esta grandiosa obra con sus oraciones y sus limosnas.

El Día Universal de las Misiones, que por feliz iniciativa del Santo Padre Pío XI se viene celebrando desde 1926, es el gran día de la Catolicidad de la Iglesia, puesto que une en los mismos sentimientos a los creyentes todos del mundo entero, para que dirijan sus miradas a los pueblos de la gentilidad, eleven sus plegarias a las alturas, depositen sus limosnas y se interesen grandemente por la dilatación del Reino de Cristo en los pueblos y naciones que aun no lo conocen ni lo aman.

Este interés con que hemos de celebrar el gran Día de las Misiones nos obliga a pedir por el aumento de vocaciones misionales, para que entren nuevos y fervientes operarios en el campo del Padre de familias a trabajar y a recoger las mieses en sazón, que de otra suerte, o se pierden o las arrebata el enemigo. Ya el mismo Jesucristo había manifestado este pensamiento a sus

apóstoles: "La mies es mucha; los obreros pocos para cosecharla. Rogad al dueño que envíe más trabajadores a su campo". Si, efectivamente, hubiera más misioneros, las conversiones de los infieles se multiplicarían. Natanael Griffith, rey de Basutolandia, en el Sur de Africa, después de su conversión al catolicismo, escribió en 1916 una carta al Santo Padre en la que, entre otras cosas, le decía lo siguiente: "Mi más ardiente deseo es construir iglesias en todos los pueblos, mas desgraciadamente el número de misioneros es insignificante para tanta mies. Os ruego, Santísimo Padre, que nos enviéis sacerdotes".

Y con la oración se ha de unir la limosna, ya que sin ella imposible resolver muchos de los graves problemas que a diario se presentan en los campos misionales. Monseñor Constantini, hablando al pueblo creyente decía, hace pocos años: "Para nadie resulta un gran sacrificio la oblación de una monedita; pero reunidas todas las pequeñas limosnas de todos los católicos puede formarse una cantidad importante. Lo que se necesita es que nadie se muestre indiferente. En esto reside el secreto del éxito". "Para conseguir bastará que los buenos y abnegados párrocos y sacerdotes sepan organizar adecuadamente las colectas". Y en 1936 había dicho también: "Para multiplicar la caridad, es necesario organizar la gran cruzada misional de los fieles. El secreto del éxito consiste en la organización. Nos dirigimos a nuestros queridos e ilustres Colaboradores, a los Directores nacionales de la Unión Misional del Clero y de las Obras Pontificias a fin de que no cesen de laborar en la amplificación de la vasta organización misionera".

Así se expresan los Directores Generales de las grandes Obras Pontificias Misionales hablando de la organización metódica que debe darse en cada nación a estas Obras, para que la labor sea más efectiva y de resultados prácticos en cada diócesis y en cada parroquia.

En ocasiones se trabaja a la buena de Dios, a ver lo que resulta; se hace la propaganda durante los días que preceden a la Jornada Misional, se habla algo, se dice un poco durante ese gran día, dándose unos y otros, Directores y fieles, por satisfechos con el éxito que ha sido consolador. Pues organizado el trabajo, intensificada la propaganda durante todo el año, sin duda que daría por consecuencia el ciento por uno.

Nos dejamos llevar del entusiasmo pasajero en este Día de las Misiones; y durante el resto del año, cae el silencio sepulcral sobre estos asuntos, relegándolos al olvido hasta el próximo año. ¿Por qué no organizar este trabajo de propaganda en favor de las Misiones durante todo el año? ¿por qué no aprovechar las actividades de las entidades religiosas para este fin de un trabajo misional metódico y regulado?

Nos consta positivamente, que en algunas parroquias el sacerdote, echando mano de elementos bien dispuestos y entusiastas, ha llegado a realizar obras consoladoras en favor de las Misiones. Pues si ellos sí, ¿por qué los

otros no? Creemos más bien, que por falta de interés, de organización y de método.

¿Qué hará un ejército numeroso con grandes pertrechos de guerra sin orden ni disciplina? Marchar a la derrota. Los ejércitos católicos que luchan en los campos de misión están debidamente organizados; los ejércitos de la retaguardia deben someterse a esta disciplina organizada, y así la ayuda que se preste a los combatientes será mayor.

Organicemos al pueblo católico en el sentido misional. No nos contentemos con entusiasmos pasajeros de un día, de una semana.

Que este día sea como la clarinada que estimule más y más a todos a continuar en la empresa iniciada; que aliente a todos a proseguir en la marcha triunfal de las conquistas misionales.

Católicos, el Día Universal de las Misiones llega; a prepararse para celebrarlo con entusiasmo, con fervor.

DIA 21 DE OCTUBRE DE 1945, DIA DE LA GRAN JORNADA MISIONAL

FR. ANTONINO MA. DE MADRIDANOS

O. F. M. CAP.



CHISPITAS MISIONALES

Ya sabemos que la Fe es el Don gratuito de Dios; pero también hemos de saber, que a ninguno le es negado ese Don, obligándonos a la correspondencia a la Gracia, que hace luminosa y fecunda la labor de la Fe en nuestras almas.

El dulcísimo dogma de la Comunión de los Santos se nos convierte en canal de amor cuando se posée una Fe arraigada, pudiendo producirse Obras de Fe, dignas de ser ofrecidas a Aquel que ha de ser Prrincipio, Medio y Fin de cuantos pretendan hallar para sus corazones verdadero descanso...

¡Las Misiones! ¡Los Misioneros! He ahí los productos de una Fe vivida. Por la Comunión de los Santos todos podemos incorporarnos a su abnegada labor; unos sin hacer más de lo que hacen; otros, haciendo algo más...

Los que nada tienen, a falta de dinero pueden ofrecer sus oraciones, sus sufrimientos, sus *deberes cumplidos;* deberes, sufrimientos y oraciones que, unidos a los méritos infinitos de Cristo, pueden alcanzar grandes bienes para aquellos que aun permanecen sin incorporarse a la Iglesia Católica... Los que poseen bienes de fortuna, cuánto pueden hacer ofreciendo sus contribuciones monetarias tan necesarias para el desarrollo que las Misiones requieren!

Es tal la ignorancia que tenemos de nuestro Credo, que se vive al margen de cuanto la Fe obliga...

Se ignora la ignorancia en que se levantan las generaciones actuales, desconociendo por completo hasta la existencia de esas Misiones...

Allá están haciendo labor de Patria los perseguidos de todos los tiempos, los que todo lo han dejado, hallando en su Fe ilustrada la fuerza que los arrastra a completar en ellos lo que falta a la Pasión del Señor.

¡Es tiempo de que se medite dentro del corazón! De que se oiga la voz de la conciencia, apagada por los ruidos que forman las pasiones

humanas. De que se viva vida de Fe, incorporándonos a la obra abnegadísima de los santos Misioneros, que van llevando a nuestra amada Nación por caminos de progreso, cultura y embellecimiento.

Así podremos oir al fin de la jornada: "Ven, siervo bueno y fiel, entra en el reino de tu Señor, preparado para tí, desde la eternidad"!

MARIA JOSEFA ARISTEGUIETA

T. F.

Caracas, setiembre de 1945.



A su regreso del conuco estos indiecitos de la Gran Sabana llevan provisiones y frutas con que entretenerse.

La Obra Misional de Mons. Enrique de Ferrari



Una de las últimas fotografías del bien querido Mons. Enrique De Ferrari.

Para poder encontrar las primeras huellas de la vocación misionera de Mons. De Ferrari, de tan grata memoria, habría que remontarse a los albores de su juventud, pues no con otro fin se inscribió en las filas salesianas, y fué con la esperanza de ser misionero su arribo a Venezuela en 1895.

Es verdad que la obediencia lo detuvo algunos años en los campos de la enseñanza, para la que tenía dotes excepcionales, las que le permitieron recorrer en breve tiempo, toda la escala, desde maestro de primeras letras, hasta Director de renombrados bachilleratos.

Ahí está una pléyade de hombres ilustres, que se glorían de haber sido sus alumnos, y las diversas condecoraciones que con el Gobierno nacional y extranjeros premiaron su inmensa labor educativa.

Pero todo esto en manera alguna pudo apagar el fuego misionero de su alma grande y noble, y cuando en 1928 las Autoridades Eclesiásticas y Civiles le brindaron la oportunidad de recorrer el Territorio del Alto Orinoco, no dudó un momento en aceptar esta invitación, porque, al fin, podía dar expansión a sus anhelos por tanto tiempo aprisionados en su generoso espíritu.

Triste fué el cuadro que se presentó a su mirada, al recorrer estos ríos solitarios, estos pueblos en gran parte abandonados, hasta el punto de no encontrar en algunos de ellos más que un campanario derruido. Vió a blancos que habían olvidado de un todo las grandes verdades de la Religión, a indios reducidos a una condición muy semejante a la esclavitud. Verdad es, que también halló algunas gentes sencillas, que aun conservaban las antiguas costumbres patriarcales de sus mayores. Pero consideró que estos restos se perderían, a menos que el Misionero católico emprendiera la restauración en Cristo.

Y él, amante de las almas como los santos, y de Venezuela como sus grandes héroes, puso desde luego manos a la obra. Fué su viaje una verdadera expedición misionera, durante la que administró un gran número de bautismos, santificó hogares con el sacramento del matrimonio, asistió a enfermos y llevó a todas partes su palabra de aliento, de paz y de consuelo.

Estudió las tribus de indígenas, visitó algunos grupos de ellos, y pudo reunir individuos de cuatro tribus distintas, para que le sirvieran más tarde de intérpretes y de ayudantes en la reducción de los demás.

Terminada esta excursión, presentó informes completos y verídicos al Gobierno de la Nación y obtuvo la represión de muchos abusos y plena libertad para los indígenas.

Pues bien; su celo ardiente no se detuvo en simples excursiones. Comprendió que sólo una acción estable y continauda podía hacer duradera la obra de civilización y cristianización; por eso, puso todo su empeño en que se fundara cuanto antes una Misión propia e independiente para el Territorio Federal Amazonas; anhelo que cristalizó en 1932, cuando por Contrato celebrado entre la Santa Sede y el Gobierno Nacional, se erigió en Prefectura Apostólica del Alto Orinoco.

Fué entonces Mons. De Ferrari el señalado por la Providencia para encabezar el grupo de animosos misioneros que en setiembre de 1933 llegaban a Puerto Ayacucho, que a la sazón, y a pesar de ser la Capital del Territorio, era nada más que un conglomerado irregular de chozas, con poco más de cien habitantes, carente de asistencia espiritual, intelectual y médica.

Siendo como eran muy reducidos los medios de que disponía para aquel entonces, Mons. De Ferrari fundó una escuela y un dispensario gratuito, donde ejerció de médico siempre acertado, y que durante varios años fué el centro de asistencia sanitaria de estos contornos.

Y al ver que todo el pueblo vivía en las insalubles márgenes del Orinoco y sujeto por lo mismo a frecuentes inundaciones y a las fiebres palúdicas, comenzó a construir la sede de la Misión en la parte más sana y elevada; ejemplo que a poco siguió el Gobierno regional y después muchos particulares.

Pero su cuidado principal se dirigió a la parte espiritual. Por falta de sacerdotes en estas regiones, se había reducido a la mínima expresión la vida cristiana; en su lugar habían arraigado muchas supersticiones, y las prácticas religiosas se hacían de un modo poco conforme con la sana religión.

Con paciencia de santos comenzó Mons. De Ferrari con sus compañeros a enseñar la doctrina, a formar hogares cristianos, a extirpar errores y a levantar el nivel religioso y social de todos. Al mismo tiempo procuró por todos los medios atraer a elementos indígenas para acostumbrarlos a la vida civil, religiosa y social. Convencido de lo difícil que es acostumbrar a los adultos a esta nueva forma de vida, y siguiendo en todo las pautas de Ntro. Sto. Fundador, comenzó la construcción de asilos para niños y niñas indígenas y por este medio atraer a los padres.

Su acción, sin embargo, no debía limitarse a los estrechos límites de la capital, sino que se extendió hasta los últimos confines de la Prefectura, emprendiendo largos viajes a millares de kilómetros de distancia, para llevar a todas partes los consuelos de la Religión. Muchos viajes sucesivos sirvieron para consolidar el bien comenzado. Surgieron nuevos centros de actividad misionera, se ampliaron los Asilos y la vida cristiana ha seguido un curso ascendente. Para tener una idea de este aumento, basta considerar que en los tres centros de actividad misionera, se reparten hoy anualmente unas 35.000 comuniones.

La Misión del Alto Orinoco no ha cumplido aún 12 años y en ella funciona un Asilo para varones con 68 internos con escuela anexa; otro para niñas con 38 internas con su escuela; un pequeño taller en que se forman algunos sastres, carpinteros y mecánicos; y una incipiente escuela agrícola. Todo esto en Puerto Ayacucho.

Al lado de los otros centros misionales de San Carlos y La Urbana, funcionan escuelas y oratorios festivos.

Claro está que todo esto supone gastos que superan bastante los medios ordinarios que las autoridades ponen a disposición de la Misión. Sin embargo la caridad industriosa de Mons. De Ferrari halló también solución a este problema, convirtiéndose en pobre mendicante, recorriendo la Capital de la República y otras ciudades en busca de los medios para ayudar al niño indígena de su Misión.

Monseñor De Ferrari se ha ido a mejor vida; pero su obra comenzada con tantos sacrificios y regada con tantos sudores, seguirá produciendo flores de virtud cristiana y de bienestar social.

¡Descanse en paz!

MISIONERO SALESIANO.

Puerto Ayacucho, agosto, de 1945.



¡Abrazo de amor divino...!

Aquí tienes, Jesús Bueno,
a Francisco el pecador;
vengo a darte la limosna
de mi pobre corazón.

En tus manos yo quisiera
dejar mi amoroso dón,
¡pero las tienes tan altas
y soy tan pequeño yo...!

Lo pondré como un exvoto
a tus pies, Dulce Señor,
que más arriba no puedo
pues que tan chiquito soy.

Premió Jesús las finezas
del frailecillo amador,
alargándole la mano
para recibir su dón.

Y en recompensa divina
a tanta humildad y amor,
¡Jesús abrazó a Francisco!
y ¡Francisco al Redentor!

SECUNDINO MOVILLA
C. M. F.



La Patrona de todas las Misiones Católicas

El titulo de "Patrona de todos los misioneros, hombres y mujeres, y de todas las Misiones Católicas", conferido por el Sumo Pontífice Pío XI, de feliz memoria, el año 1927, a Santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, es más que suficiente para que nuestra revista "Venezuela Misionera" le dedique un aparte en esta sección de *Orientaciones.*

La gloriosa Santita de Lisieux, amada de Dios y de los hombres, *Patrona* de los misioneros del frente o de las avanzadas y *Modelo* de sus colaboradores en la retaguardia, nos adoctrinará con sus ejemplos y escritos sobre los tres medios de la ayuda misional, recitados ya de carretilla y puramente de memoria, sin ahondar en su íntimo significado y alcance y en su fecundidad maravillosa: *oración, mortificación y limosna.*

Esta trilogía tuvo en Sta. Teresita, y debe tener en sus devotos e imitadores, la ancha base del amor a Dios y al prójimo: amor sincero y ardiente no se concibe sin celo y proselitismo, y sin dádivas, llegando hasta la entrega personal, que es la dádiva más perfecta. De ahí estas expresiones de la Santa: "Quisiera ser misionera, no sólo durante algunos años, sino haberlo sido desde la creación del mundo y continuar siéndolo hasta la consumación de los siglos"; "Confieso que si en el cielo no pudiese trabajar en hacer amar a Jesús, preferiría el destierro a la patria. "La misión mía va a comenzar, exclamaba poco antes de morir: la misión de hacer amar a Dios como yo le amo".

ORACION.—Este primer medio de cooperación en la campaña misional, el primero en todos los sentidos y el más recomendado por Ntro. Señor Jesucristo, ocupó también el primer lugar en el corazón de la Santita, quien escribe a este propósito: "No ha mucho reflexionaba qué podría emprender para salvar almas. Una palabra del Evangelio me iluminó... La mies es mucha, más los obreros pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies, que envíe a su mies operarios". "El Criador del universo está aguardando la súplica de un alma pequeñita para salvar otras muchas, que fueron también como ella redimidas con su preciosa sangre... El apostolado de la oración ¿no es, por decirlo así, más elevado que el de la palabra? A nosotras toca formar obreros evangélicos, que salvarán millares de almas, de las cuales seremos madres".

Entre el conglomerado de almas, sobresalían las de los mismos misioneros, por eso escribió la Santa a su hermana Celina: "Roguemos por los sacerdotes; consagrémosles nuestra vida".

Como final de este espíritu de oración por las Misiones, llegó Sta. Teresita hacia el fin de su vida a emitir el *acto heroico* de caridad siguiente: "Pido al Señor que todas las oraciones que se hacen por mí, sirvan, no para aliviar mis sufrimientos, sino para obtener la conversión de los pecadores".

SACRIFICIO.—Puesto que la Redención no se verificó, de hecho, sino por el sufrimiento de Jesucristo, nuestra cooperación a la obra redentora tiene que seguir los mismos pasos. "Vine al Carmelo para salvar almas y, sobre todo, para rogar por los sacerdotes... Y habiéndome dado a entender Jesús que por la cruz me concedería muchas almas, cuantas más cruces encuentro, mayor es mi deseo de padecer".

Cuando en los días de su enfermedad, ya muy avanzada, una Hermana le aconsejó que se sentara a descansar de un fatigoso paseo, ella le contestó: "Ando por un misionero y esto me da fuerzas. Pienso que allá, muy lejos puede haber alguno casi extenuado en sus excursiones apostólicas; y, para disminuir sus fatigas, ofrezco las mías a Dios".

En otra ocasión díjole a una novicia que se dirigía al trabajo sin la debida diligencia: "¿Así se dan prisa las que tienen hijos que alimentar y han de ganarles el sustento trabajando?", refiriéndose a las almas, a quienes gustaba llamar sus hijas.

No pide la Santa penitencias extraordinarias, no pide martirios, pide sólo diligencia en el cumplimiento de los deberes cotidianos, ofrecimiento de sacrificios pequeños, pero diarios e inevitables, la perfecta observancia de la vida religiosa, de la que escribió en su autobiografía que era "un martirio a alfilerazos". Con este espíritu escribió a su hermana Leonia: "No descuidemos ningún sacrificio... Recoger un alfiler por amor, puede convertir un alma".

LIMOSNA.—Habiendo renunciado Sta Teresita, como todos los religiosos, a la propiedad y administración de los bienes materiales, muy poco

pudo hacer con este tercer medio en pro de la campaña misional. Sinembargo, aún se encuentra una sentencia y un hecho en la vida de la Santa, muy aleccionador para los amantes de las Misiones, incluyendo a los religiosos.

Pocos meses antes de su muerte dijo Sta. Teresita a la M. Inés: "Cuando yo muera, no admita coronas para colocar alrededor de mi féretro... Diga que, con el dinero que gastarían en ellas, rescaten de la esclavitud algunos pobres negritos. Esto es lo que más me ha de agradar".

Sobre la limosna dada para ayudar a las Misiones, y en general a cualquier obra de caridad, debe tenerse en cuenta que agrada mucho más a Dios y tiene más mérito cuanto más sacrificio lleve en sí. De ahí que valga menos, en el orden del mérito personal y espiritual, la limosna hecha de lo que nos sobre o del bolsillo ajeno. En cambio será muy meritoria la que se hace absteniéndonos de gustos y conveniencias personales, cuales son: dulces, bebidas, espectáculos, paseos de placer, etc.

Jesucristo, que en el día de las Misiones observa en nuestras iglesias las ofrendas que se depositan, como observó las limosnas que los judíos depositaban en los gazofilacios, debe repetir de nosotros la sentencia pronunciada a favor de los dos cornadillos o centavos de la pobre viuda: "Esta dió más que todos, pues dió de lo mismo que ella necesitaba".

También es ocasión de recordar la buena costumbre de las familias cristianas de dar la limosna por manos de los niños a los pobres de Dios para que así se vayan acostumbrando a practicar la misericordia desde la infancia y las bendiciones de Dios recaigan también directamente sobre ellos. Y todos los grandes acontecimientos familiares, como el bautismo, primera comunión, cumpleaños, finales de curso, etc., deben asociarse en la mente de los niños a la idea de limosna para que los pobres indígenas, tan necesitados, participen de los bienes y alegría que el buen Dios tan pródigamente les concede.

Así, según la mente de la Patrona universal de las Misiones, contribuiremos al apostolado católico de la expansión de la Iglesia por tierras de infieles. Y la consecuencia será poder llamarnos misioneros de la retaguardia o del frente interno (usando la frase hoy en boga), "partícipes de sus labores a la par que de sus méritos", en expresión de León XIII, y padres y madres de las almas, según la expresión de Jesucristo en su Santo Evangelio, frase predilecta de Sta. Teresita, quien llegó a escribir en sus versos "Acuérdate, mi amor":

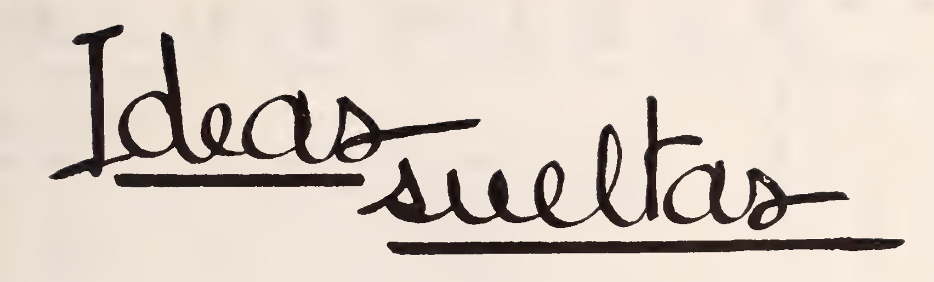
"Virgen soy, oh Jesús; pero a Tí unida,
soy madre, que a las almas da la vida".

FRAY ARMEL

CAPUCHINO



Con todo su cargamento llegan estas indias de la Gran Sabana a visitar a sus niños y familiares en la Casa-Misión.



PREGUNTA uno: ¿Cómo se puede ayudar a las Misiones? Otro: ¿Qué haré yo por las misiones católicas? Me parecen muy cándidas estas preguntas.

* * *

¿CUANTAS veces no se ha dicho y lo ha repetido el sacerdote, desde el púlpito, desde el altar, en la prensa, en las conversaciones?

* * *

PUES, vamos a contestar una vez más en estas Ideas sueltas para que los ciegos vean y los sordos oigan.

* * *

DE tres modos se puede ayudar eficazmente a las Misiones. Digo más: De cuatro modos:

* * *

CON personal: es decir, con el ofrecimiento que el misionero hace de su persona, dejando a sus padres, hermanos, amigos y su patria para irse entre los infieles.

* * *

CON la Oración: rogando, pidiendo a Dios fervorosamente por el feliz éxito de las misiones, para que el cielo bendiga los trabajos de los misioneros; para que los infieles se conviertan.

* * *

CON la Limosna, ayudando a sufragar los gastos, los muchísimos gastos que hay en las misiones, y a desarrollar los proyectos que bullen en la cabeza de los misioneros.

* * *

Y el cuarto medio, es la Propaganda de las misiones, escribiendo, dando a conocer de cualquier forma la labor que realizan los misioneros. Esta propaganda la pueden hacer también los buenos católicos en sí mismos y en los demás, suscribiéndose a periódicos, revistas, hojitas de Misiones.

* * *

ESTOS tres últimos medios están al alcance de todos los fieles. Si no se sienten con vocación ni con valor para ir a las misiones, al menos, pueden orar, dar limosnas, hacer propaganda.

* * *

Y esto precisamente es lo que hay que hacer durante todo el año; pero de una manera especial el Día Universal de las Misiones, que este año es el 21 de los corrientes.

EL PEREGRINO DE UMBRIA

"Y TENGO O

Para "Venezue
universal c

Asomado en lo alto en la colina,
en lo más alto que su amor domina,
está el Pastor con la mirada alerta
oteando el horizonte y la vecina
vega do el río su acuarela inserta.

Ya el sol comienza a desdoblar su manto
crepuscular, y con su adiós de fuego,
dedica el postrer beso y postrer canto
al ya cansado atardecer labriego.

Ya se van acercando lentamente
hacia el dulce Pastor las mil ovejas:
oyen su voz, conocen su silbido,
y El también acaríciales la frente,
y una a una se entera de sus quejas,
y les calma la sed, y si se ha herido
alguna de ellas, con bondad divina,
el dolor pronto arranca de la espina,
y cual brindándoles mullido lecho,
las recuesta amoroso de su pecho.

Más ¿qué tiene el Pastor en la mirada?
¿Por qué a veces, enarcando las cejas,
es todo pupilas en la majada?
¿Por qué llora el Pastor? ¿Por qué musita
tan callado: . . . "y tengo otras ovejas",
cual si fuera una triste y honda cuita?

Y es que hay tantas ovejas tras el monte,
como granos el mar tiene de arena,
como estrellas oculta el horizonte,
como guarda el sensible alfiletero
del corazón la innumerable pena
que acongoja del último al primero.

"No son de su redil" . . . por eso llora
el Divino Pastor, que ve tenderse
sobre el espacio a la funesta noche,
funesta por la sombra y por la hora

Pbro. G. AL
Párroc

...AS OVEJAS"

...ra", en el día
...ones.

en que balan, expuestas a perderse,
tantas ovejas que con cruel derroche
de saña el lobo al perseguir devora.

Por doquiera, colgados de los vientos,
como notas de un triste pentagrama,
como cantar que la desgracia inflama,
desgarrados se escuchan los lamentos
de incontable rebaño sin pastores,
pobre víctima de lobos sangrientos
que perece entre horribles estertores.

Así están por el mundo las ovejas . . .
De la Iglesia en la mística colina
del Sagrario, adornado de bermejas
luces tenues de tarde que declina,
está triste el Pastor mirando el daño
que ocasiona el demonio entre el rebaño
de sus almas, que pacen descuidadas
por los montes y valles y hondonadas.

¡Qué mirada, qué voz y qué gemido
que quisiera de todos fuese oído
para ver si halla eco en almas buenas,
almas santas que apartan sus dolores
para enjugar las lágrimas ajenas,
almas blancas que van regando amores
como aceite de bálsamo en las penas
del que sufre, el que gime y el que llora,
almas raudas que vuelan sin demora
junto a la oveja que baló perdida
y que saben curar la abierta herida.

Almas buenas las hay, y las hay muchas . . .
muchas almas que oyeron el gemido
del Divino Pastor . . . Tú que me escuchas,
tú que entiendes qué dice ese silbido
angustioso que sale del Sagrario
que te dice: " . . . y tengo otras ovejas",
tú que puedes, que no te estorban rejas,
¿dejarás al Pastor tan solitario?

...SIGLIA R.

...mano



LA VIDA ORDINARIA EN LA MISION

V

EL SANTUARIO DE SANTA TERESITA.

Los que están lejos de nosotros nos apremian, porque quisieran ver, si no construído de un todo, al menos empezado el Santuario que se les ha ofrecido de Santa Teresita. Y en esto tienen su tantico de razón, pues precisamente para ello han dado sus limosnas. Y digo que tienen su tantico de razón, no toda, como muchos creen. Una cosa es ver los acontecimientos de lejos y otra es vivir la realidad de cerca. Nosotros, y cuantos han visitado esta misión, no comprendemos la urgencia de este apresuramiento; lo primero, porque antes hay que atender a aquello de primum vivere, postea... primero es acomodarse para poder pasar la vida menos mal, no digo ya con comodidades, sino atender a remediar las necesidades más urgentes. Este incipiente pueblo está en sus comienzos; por eso creemos que nuestro deber principal es atender por ahora a la agricultura, acomodar los internados de niños y niñas, ir agrupando los indios de los caseríos en éste, ayudarles a levantar sus casas y a talar los conucos, que es lo que de una manera segura los sujeta al pueblo y a llevar una vida civilizada. Y esto que es el templo espiritual de Santa Teresita dará más tarde por resultado el Santuario.

Por otra parte, la Capilla provisional de Santa Teresita, que después ha de formar parte de los edificios de la Misión, poco o nada tiene que envidiar a muchas capillas de puntos ya civilizados. Cuenta con 22 metros de longitud por 8,50 de ancha, con paredes de piedra de 0,60 centímetros de espesor, techo raso de baras y barro por debajo de las llaves, con una de las vertientes de zinc, altar y retablo de madera,

donde está muy contenta Santa Teresita, hasta que se levante su Santuario. Así que por ahora es más que suficiente para los indios que hay reunidos en el pueblecito.

Sin embargo, para que nadie reclame, les diré que ya estamos trabajando en las canteras, se está acarreando la piedra al lugar del Santuario. Un maestro ebanista está trabajando en los bancos para el Santuario, se han echado los cimientos, y aun cuando es poco lo que sale a flor de tierra, vamos despacio, pero con seguridad, porque trabajamos no para hoy ni para mañana, trabajamos para siempre y trabajamos por y para nuestros indios de la Gran Sabana y trabajamos por el engrandecimiento de Venezuela. Y todo no se puede hacer de una vez ni en un día. Las obras, hoy día, siguen su curso ordinario en medio de las dificultades con que tropezamos en puntos donde todo tenemos que hacerlo a fuerza de brazo, sin contar con máquinas ni motores que aceleran mucho estos trabajos, pero que a estas alturas aun no han podido llegar.

Ya en algunos periódicos de Caracas se ha publicado una carta del P. Superior de esta Casa-Misión dando explicaciones claras y precisas sobre el particular. A ella me remito para no entrar yo en nuevos pormenores.

FENOMENOS RAROS

Llamo fenómeno raro de metereología a un arco iris lunar completo, que hemos observado en distintas ocasiones, pero sin los vivos colores que producen los rayos del sol, sino arco iris blanco. Para nosotros sí resulta raro e interesante, que se ha repetido más de una vez, levantándose de estas montañas nubes que semejan finísimas gasas volando a gran velocidad, hasta que desaparecen por completo sin dejar rastro de sí mismas.

PARA TERMINAR.

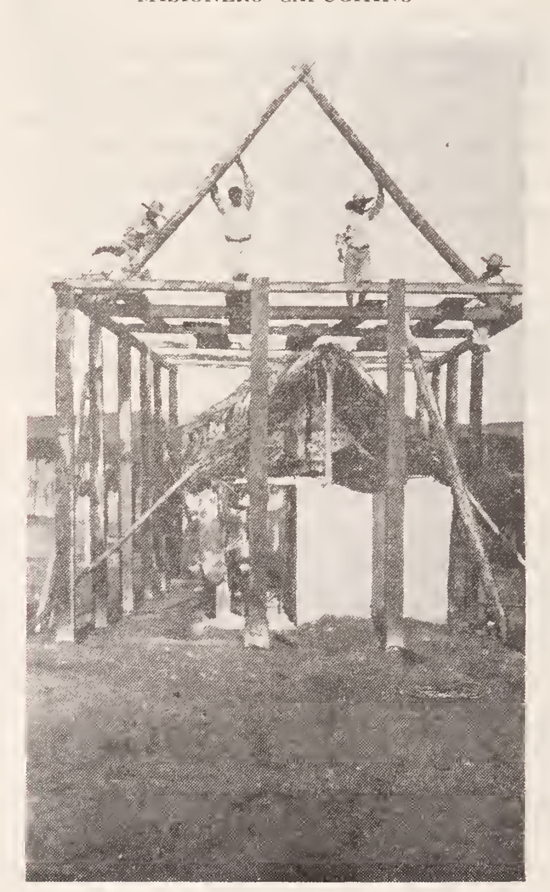
Y antes de poner punto final a esta desaliñada narración, queremos manifestar públicamente nuestra sincera gratitud, en primer término, al primer Magistrado de la Nación, Gral. Isaías Medina A., por la ayuda eficaz que siempre ha prestado a esta Misión. Y en segundo término a la honorable junta que trabaja tan desinteresadamente por reunir fondos para que el Santuario de Santa Teresita sea una pronta realidad en estas regiones de Kavanayén. No podemos silenciar tampoco a los muchos y buenos bienhechores de esta Casa-Misión y de todas

las demás casas de nuestro Vicariato del Caroní. Reconocemos que su generosidad ha sido muy grande, tanto para los Misioneros, como para los indios, y más para éstos que para aquellos.

Que el Dador de todo bien les recompense con creces sus limosnas en esta y en la otra vida.

FR. EULOGIO DE VILLARRIN

MISIONERO CAPUCHINO



Los indios de la Casa-Misión en la Gran Sabana labran la madera y arman sus casas.

En el Día Universal

de las

MISIONES

los fieles todos de todo el mundo se unirán para elevar al cielo fervorosa



y depositarán en manos del Papa las más abundantes

AMABLES LECTORES, EL D!A 21 DE OCTUBRE
ES EL GRAN DIA DE LAS MISIONES.



Alocución Misional

LLAMAMIENTO DE S. E. MONS.
CELSO CONSTANTINI

Arzobispo Titular de Theodosiópolis

Secretario de la S. C. de Propaganda Fide

Presidente de las Obras Misionales Pontificias

Vince in bono moltum
(Rom. XII, 21)

Ha terminado el primer grande acto de la guerra. Mas para las obras misionales el fin de las hostilidades significa el comienzo de una nueva actividad. Al huracán de las fuerzas destructoras nosotros hacemos que suceda la organización de las fuerzas constructoras; a la propaganda del odio, la propaganda del amor.

La guerra había inmovilizado a tantos misioneros o los había arrojado de un puesto a otro, sembrando muerte y ruina en los campos de su fecunda labor. Pero los ánimos no se doblegaron jamás. Nos vienen a la mente las grandes palabras de Christo bañado en sudor de sangre en Getsemaní: la carne es flaca, pero el espíritu está pronto. *"Yo puedo aseguraros —escribe un Obispo— que mis misioneros están prontos para*

empezar de nuevo el trabajo sobre fundamentos nuevos y siempre con el mismo valor".

Si hacemos por otra parte, un balance de la caridad misionera que ha florecido entre los pueblos católicos, debemos confesar que, aun en medio del ciclón de la guerra, tal caridad tuvo arranques más generosos todavía que en los años de paz.

Por eso enviamos un conmovido saludo a los valientes mensajeros evangélicos, que salen ahora de las trincheras de la fe para continuar con fervor rejuvenecido las obras de bien, y nos inclinamos reverentes ante los centenares de víctimas inocentes, entre las cuales se cuentan seis Obispos.

Al mismo tiempo siento la necesidad de enviar, a nombre de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, una ferviente acción de gracias a todos nuestros bienhechores del mundo católico.

¡Y ahora, manos a la obra! Es necesario, hermanos míos, que dupliquemos nuestra caridad para hacer frente a las vastas destrucciones de nuestras obras misionales. La Obra de la Propaganda de la Fe os tiende la mano llena de confianza.

Muchas iglesias y residencias episcopales, muchos seminarios y escuelas, muchas casas parroquiales y conventos de religiosas, varios hospitales y dispensarios son actualmente un cúmulo de ruinas. ¡No importa! La idea cristiana no ha muerto; más aún, irradia mayor esplendor.

Muchos misioneros han perdido todo, menos la esperanza en Dios y la confianza en el auxilio del mundo católico; han sufrido el hambre, después de agotar sus últimos recursos. Un Obispo se vió obligado a vender cinco campanas de la catedral a fin de poder dar un poco de pan a sus misioneros y a sus seminaristas. Otros Obispos con un misionero suyo fueron arrancados de la propia residencia y obligados a hacer de barrenderos en una ciudad pagana.

Nosotros, en la distribución de los subsidios, debemos preocuparnos ante todo de las necesidades más urgentes, disminuyendo los socorros a las misiones que han sufrido menos. Pero también éstas deben vivir; especialmente los seminarios para la formación del clero local no pueden ni deben suspender su santa actividad.

Un Obispo nos escribe: "Por falta de recursos y porque el costo de la vida ha subido de manera increíble, hemos debido cerrar el seminario menor y tememos que toque la misma suerte al seminario regional".

El ejemplo más grande de caridad nos viene del Papa, que ha hecho llegar sus socorros a los prisioneros, a los prófugos, a los misioneros, hasta los más remotos rincones del mundo. Un hermoso ejemplo tenemos también de parte de tantos buenos paganos. En una ciudad medio destruída por los bombardeos, un convento de religiosas carme-



Típicos impermeables fabricados de pajas por las indias de Bengala para librarse de la lluvia. Pertenecen a la dióceses de Ramchi, que está bajo la inmediata dependencia de la Propaganda Fide y es asistida por Misioneros Jesuitas.

litas había quedado privado de todo medio de subsistencia. Algunas señoras paganas se pusieron de acuerdo y aseguraron al Obispo que ellas se comprometían a mantener a las pobres religiosas por todo el tiempo que durase la guerra.

Los paganos son movidos por un sentimiento de humanidad y de simpatía hacia los misioneros, que han renunciado a la familia y a la patria para hacer el bien en los países lejanos. Nosotros, al motivo de humanidad, debemos añadir el sentido cristiano, la conciencia de participar en la grande obra de la Iglesia, que sienta sus reales cada día más adelante para llevar a los paganos la gracia de la redención.

Para nosotros la caridad misionera es una gloria y un deber sagrado.

El Padre Santo en el mensaje por radio del doce de mayo ha dicho: "Arrodillados en espíritu ante las tumbas, ante las fosas revueltas y enrojecidas por la sangre, donde reposan los despojos de aquéllos que han caído víctimas de los combates o de las carnicerías inhumanas, del hambre o de la miseria, Nos los encomendamos a todos en Nuestras oraciones, y especialmente en la celebración del Santo Sacrificio, al amor misericordioso de Jesucristo, su Salvador y su Juez..."

Nosotros nos unimos a los sentimientos del Padre Común. Podemos sufragar el alma de los muertos con la oración y también con la caridad misionera. Ayer el mundo era el reino de la muerte; hoy él debe ser el reino de la vida.



Galería de misioneros

XI

P. FR. ILDEFONSO DE ZARAGOZA

ESCASEZ DE NOTICIAS DE ESTE MISIONERO.—SU INCORPORACION A LAS MISIONES.—PERIPECIAS DE UNA LARGA EXCURSION.—OTRO VIAJE DE TRESCIENTAS LEGUAS.—CONSECUENCIAS DE UNOS SINIESTROS INFORMES. —BRILLANTE INTERVENCION DEL P. ZARAGOZA.—SU VIAJE A LA CORTE DE MADRID Y EXITO ROTUNDO DE SUS GESTIONES.—REGRESO A LAS MISIONES Y NOMBRAMIENTO DE PREFECTO.—EL FUNDADOR DE LA VILLA DE ARAURE.—FINALIDAD DE LAS VILLAS DE ESPAÑOLES.—PUNTO FINAL

Muchos religiosos Capuchinos nativos de la ciudad de Zaragoza figuran con honor en la Historia Misional de Venezuela, muy especialmente en la de Cumaná, que estuvo, como se sabe, a cargo de los Capuchinos Aragoneses.

Entre esos misioneros zaragozanos, es digno de ocupar un puesto distinguido en esta "Galería" el P. Fr. Ildefonso de Zaragosa, uno de los más celosos y activos apóstoles de la Misión de Los Llanos de Caracas, en la que trabajó con notable éxito durante muchos lustros.

Las noticias que poseemos sobre este insigne misionero distan mucho de ser completas. Desde su llegada a las Misiones en el año 1675 hasta el de 1686, carecemos totalmente de datos concretos.

En 1686 emprendió una larga excursión por Los Llanos, acompañado de una escolta de protección, tomada en la villa de San Carlos que fué el punto de partida. En esa "entrada" sólo pudo reducir 84 indígenas, pero teniendo noticias de que más abajo del río Portuguesa había otros muchos en diferentes rancherías, pasó a reducirlos también; con el fin de que los indios no huyesen atemorizados a la vista de los soldados, determinó ir solo en una canoíta con tres o cuatro indios intérpretes. Los hombres que le servían de escolta trataron de disuadir al Padre de su propósito, haciéndole ver lo peligroso y expuesto que era acercarse a los indios armados sin la protección de dicha escolta, según lo demostraba una larga experiencia; él, sin embargo, no atendió a esas razones y partió solo con sus indios; la escolta, a pesar de la resolución del misionero, le siguió a distancia, y se apostó en lugar donde pudiera observar sin ser observada de nadie.

Llegado que fué el P. Zaragoza a las rancherías de los indígenas, trató de persuadirles con palabras dulces e insinuantes que se redujesen a población. Nada consiguió de ellos, antes por el contrario todos se alborotaron contra él, y dando gritos descompasados empezaron a dispararle flechas; al venirle una por la espalda, uno de los indios intérpretes interpuso, para apartarla, su brazo que le fué atravesado totalmente, salvando así generosamente la vida del misionero. La escolta, que estaba oculta y emboscada al ver el peligro en que se encontraba el Padre y sus indios acompañantes, salieron de improviso para defenderlos, siendo indispensable hacer uso de las armas; y esto no embargante, nueve soldados resultaron heridos, mientras que de los indios rebeldes sólo pudieron coger dos heridos, habiendo huído los restantes. Después de este lance desagradable, regresaron a San Carlos con los heridos y los 84 anteriormente recogidos.

El año 1690 hizo otra "entrada" el P. Zaragoza sin el auxilio de la escolta y acompañado únicamente de varios indios que dirigían la canoa y servían de intérpretes. Durante días y meses navegaron la friolera de trescientas leguas, viniendo a parar al brazo de Apure que se junta con el Guárico, donde se encontraron con una gran multitud de indígenas, a los cuales trató el misionero de convencer que dejasen su vida salvaje para salir en su compañía a poblarse; todo fué en vano, si bien le dieron palabra de que lo harían en el término de algunos meses.

Por esta época tuvieron que soportar los misioneros de Los Llanos una dura prueba, que pudo haber sido, a no haberse defendido con presteza y actividad, el golpe mortal para las Misiones. En efecto, por el año de 1689 se enviaron al Rey falsos y siniestros informes contra los misioneros Capuchinos y sus Misiones de Los Llanos; y, sorprendida la buena fe de Su Majestad y del Consejo de Indias, se despacharon hasta cuatro Reales Cédulas dirigidas al Gobernador de Caracas, disponiendo, entre otras cosas, que los pueblos de la Misión se entregasen al Prelado Diocesano y que las reducciones o entradas se verificasen sin la protección de escolta. Afortunadamente ordenaba Su Majestad en dichos documentos que para el arreglo de estos asuntos se pusieran de acuerdo el Gobernador y el Sr. Obispo. El Gobernador, para proceder con más acierto, creyó conveniente invitar al P. Prefecto de las Misiones a que asistiese a la Junta que había de formarse, a fin de que expusiese en ella las razones que tenía en pro o en contra de dichas disposiciones.

No pudiendo asistir a esa Junta el Prefecto, que lo era el P. Fr. Pedro de Berja, por sus enfermedades y avanzada edad, comisionó para ello al P. Fr. Ildefonso de Zaragoza, que era a la sazón Procurador de las Misiones. Reunida la referida Junta, el P. Zaragoza expuso en un extenso Memorial todo lo que le pareció conveniente sobre el particular, demostrando con sólidas razones los muchos inconvenientes que existían para llevar a la práctica lo mandado en las expresadas Reales Cédulas. Esas razones llevaron el convencimiento al ánimo del Gobernador y del S. Obispo, acordando, en consecuencia, se suspendiese la ejecución de las disposiciones reales y se diera cuenta a Su Majestad.

Bien documentado el P. Zaragoza, partió para España el año 1690 y presentó al Rey, en su Consejo de las Indias, un extensísimo Memorial en que defiende con poderosos y eficaces argumentos los puntos de vista de los Misioneros y pide al Rey las providencias convenientes para la conservación y progreso de las Misiones. El éxito de las gestiones fué rotundo, habiéndose obtenido casi todo cuanto se solicitaba en el referido Memorial, y siendo derogadas las anteriores Reales Cédulas por otras de 15 de junio de 1692 y de 27 de agosto del mismo año.

Muy satisfecho debió regresar a las Misiones el P. Ildefonso de Zaragoza, pues había sido tan favorablemente despachado en los graves asuntos que le llevaron a la Corte de Madrid. Con fecha 12 de marzo de 1695 avisaba al Real Consejo de las Indias que había arribado a la Misión, a tiempo que se hallaban congregados los religiosos para nombrar Prefecto, cuyo nombramiento había recaído en su persona. Seguramente que los misioneros al designar al P. Zaragoza Prelado de las Misiones, tuvieron muy en cuenta los grandes servicios prestados a las mismas, como igualmente sus excelentes cualidades.

Al P. Zaragoza le cabe también la gloria de haber sido el fundador de la Villa de Araure, la que, como buen aragonés, puso bajo la advocación de la Virgen del Pilar. El fué quien hizo las primeras gestiones para dicha fundación cuando fué a Madrid, en 1690, e insistió más tarde en la misma petición cuando fué elegido Prefecto de las Misiones. La referida villa de españoles debía fundarse en las inmediaciones de la población indígena de San Antonio de Araure, ya existente y que contaba con más de mil quinientas almas.

La finalidad de las villas de españoles, era impedir la fuga de los indios, proveer de escolta a los misioneros en sus expediciones y servir de defensa contra las incursiones indígenas.

Después de los acontecimientos referidos, en los que tan activa y decisivamente intervino el P. Zaragoza, hemos perdido la pista de este ilustre misionero, del cual por tanto no podemos dar más noticias a nuestros lectores.

Cumaná, setiembre de 1945.

FR. CAYETANO DE CARROCERA

O. F. M. CAP.

PINCELADAS GUARAUNAS

Aun cuando el indio guaraúno sea rudo e indolente por naturaleza, cuando la obra misional ha llegado a él, no es tiempo perdido el empleado en su formación.

Es cierto que el Misionero se desvive, suda y se afana, por enseñarlo; pero a la corta o a la larga, ve, con íntima satisfacción, coronados sus esfuerzos. Lo verán mis lectores en esta *Viñeta Misional,* que yo he querido bautizar con el nombre de *Pinceladas Guaraúnas.*

Los indiecitos internos y aun externos de nuestros Centros Misionales solamente se bañan sin traje de baño, cuando son pequeños, es decir, cuando no tienen malicia ni se dan cuenta de las cosas; pero advirtiendo al Padre que los vigila: *"Padre, mira pallá, que voy a desnudar a mí.* Y no se quita su ropa, en tanto que el Padre no mire para otra parte.

Al llegar a los trece o catorce años, nunca se bañan desvestidos de un todo, sino cuando están sólos y muy lejos, para que nadie los vea. Antes de lanzarse al agua, de ordinario hacen la señal de la cruz, besando al mismo tiempo el crucifijo y la medalla, si los llevan: *Yo haciendo la Cruz y besando medalla, caimán no mata a mí.*

Cuando se van a acostar, se sientan en el chinchorro o se arrodillan y aun cuando hayan rezado en la capilla, se signan, se santiguan, rezan alguna oración y se acuestan modestamente: *Yo rezando, diablo no yeba a mí de noche.*

—¡Ay! Madre Gloria, decía Virginia Campero, abandonada durante algún tiempo por su marido, rece mucho por mí, para que sea siempre buena.

Tres pescadores de la Isla de Barbados fueron sorprendidos por recio temporal. Quince días anduvieron perdidos en un botecito viejo, comiendo poco y sin probar el agua, por ser salada. Llevados de acá para allá, a merced de las olas y de los vientos. al fin fueron arrojados a las costas de Venezuela, al delta del Orinoco.

Cubiertos de andrajos y muertos de hambre llegaron a nuestra Misión de Araguaimujo el Domingo de Ramos, al terminar la misa solemne. Eran de habla inglesa. No sabían ni una palabra de español ni de guarao. Ni nos entendían ni les entendíamos. A pesar de todo, conocimos el apuro en que se encontraban y les proporcionamos comida, ropa y medicinas. ¡Qué espectáculo tan encantador presenciamos aquel día

santo los Misioneros! Nuestros indios recién casados espontáneamente ofrecían a los infortunados marineros cuanto tenían: Uno le traía un racimo de plátanos; éste, un mapire de batata; aquél, caña de azúcar; algunos, carne de venado, y no faltó quien les trajo hermosos ejemplares de pescado.

Y el jefe de aquellos pescadores negritos, al recibir las ofrendas de los indios de nuestra Misión, sonreía dulcemente, abría su grande boca, enseñaba sus níveos dientes, que contrastaban con la reluciente negrura de su rostro, elevaba sus rasgados ojos al cielo, apuntaba con el dedo en alto, como diciendo con el corazón y por las señas: "Dios se lo pague, indios queridos de la Misión de Araguaimujo".

Todo esto es una serie de pruebas de que, a pesar de la rudeza innata de los indios, el Misionero no pierde su tiempo. Las enseñanzas que les proporciona allá quedan, en el fondo de su corazón.

FR. GASPAR MA. DE PINILLA
MISIONERO CAPUCHINO



Mons. Gómez Villa, Vic. Apostólico, acompañado del Misionero, P. Basilio de Barral celebra la Santa Misa en una de tantas rancherías del Orinoco.



* Caracas, febrero de 1945. Rdo. P. Antonino de Madridanos. Respetado Padre: Me dirijo a Ud. con un gran deseo, cual es el de bautizar una indiecita que desearía llevase mi nombre, que es de Elia Cristina. Comprendo bien lo que se gana con ello y me doy cuenta de la gran obra de las misiones católicas y cada día las amo más. Bendiga, Padre, estos buenos deseos e intenciones que germinan ya en mi corazón, a fin de que robustecidos por la gracia, den abundante cosecha. Bendígame, Padre. Elia C. Monsanto.

Muy bien por la amiguita y aventajada Alumna del Colegio "San Antonio" de Caracas. Que Dios bendiga copiosamente esos tus grandes deseos por la salvación de las almas. Sigue así trabajando constantemente por las Misiones y en el cielo encontrarás algún dia el fruto de tus trabajos.

* Chejendé, 27 de marzo, 1945. Rdo. P. Antonino de Madridanos, Caracas. Respetado Padre: Hasta Chejendé han llegado los ecos de la nueva Misión perijanera, que tanto entusiasmo ha despertado en los corazones juveniles de los planteles religiosos. Envíole Bs. 10 para el bautizo de una indiecita con el nombre de María Trinidad Vázquez en recuerdo de mi madrecita, que la perdí hace años. También mi madrasta desea el bautizo de otra con el nombre de Mercedes Durán. Bueno, Padre, que el cielo siga derramando a torrentes gracias sobre esa Misión. Bendígame, Amelia Vázquez.

Yo tengo que añadir el Amen final a esa petición tuya, y no solamente han de caer esas gracias a torrentes sobre la Misión del Perijá, sino hemos de pedir que caigan sobre las misiones de todo el mundo. Dios te bendiga.

* Caracas 11 de junio de 1945. Muy Rdo. Padre Antonino, Presente. Con gran alegría las Hermanas y un grupo de Alumnas del Colegio "Madre Rafols", nos hemos reunido para cooperar por la prosperidad y adelanto de las Misiones, enviándole el pequeño óbolo de Bs. 15 para colaborar en el mantenimiento de la Obra Misional; decidimos también mandar a bautizar con esos Bs. 15, tres indiecitos deseando que lleven los nombres de: María Asunción, Tomás José y María del Carmen. Somos muy amantes de las Misiones y por esto todos los meses esperamos con ansias verdaderas la llegada de vuestra revista "Venezuela Misionera"; también tenemos pensado que el año que viene, con la ayuda de Dios, haremos más crecida nuestra cooperación. Nos despedimos, expresándole nuestras más sinceras felicitaciones, por su labor misional y pidiéndole nos bendiga. Violeta Pacheco.

Muchas gracias por vuestra felicitación; al fin todos debemos trabajar cuanto esté de nuestra parte por esta Obra Máxima y muchas gracias también por vuestra contribución. No os olvidéis de rogar mucho, mucho por todas las misiones. Dios os bendiga copiosamente.

* Maracaibo, martes, 3 de abril de 1945. Rdo. P. Antonino. Le escribo esta cartica, para decirle que yo boy a bautizar una indiecita. Le mando los cinco bolívares para el bautizo y quiero que la ahijadita se llame como yo, Elsa. Le pide la bendición esta pequeña misionera, Elsa Boccheciampe.

Dios te bendiga, amiguita Elsa, y te aumente mucho ese amor que sientes ya por las misiones. No te olvides de la ahijadita, y cuando sepas dónde está, ya sabes que hay que mandarle los regalitos de madrina.

ESCRIBEN DE LA MISION

* Santa Elena del Uairén, 12 de junio del 45, Rdo. P. Antonino de Madridanos. Muy apreciado P. Antonino: Paz y Bien. El Señor de su santa paz. Te hago esta cartica para saludarte, a la vez pido la

bendición. Ahora yo le cuento unas cositas de aquí para que lo sepa. La fiesta de Corpus Cristi la celebramos muy buena, como nunca la habíamos hecho. Salimos en procesión por las malocas para que el Señor bendiga a los indios porque el P. Inocencio llevaba a Nuestro Señor bajo el palio. Después el domingo fuimos otra vez en procesión con el Santísimo al pueblo de Santa Elena. Ibamos rezando el Rosario y cantando cosas bonitas a Nuestro Señor; allí habían muchas gentes civilizadas, hisieron 12 altares con palmas y flores para que el Padre pusiera a Nuestro Señor .Después el P. Diego que vino de España a enseñar a nosotras a ser buenas, dijo sermón a la gentes. Cuando el P. Benigno llegó no fuimos para el campo, porque no dijeron nada que él venía. Yo quiero que me mande una pluma fuente con tinta. Mi letra está mala porque estoy aprendiendo poco a poco, por eso mi letra está así. Bendígame a su indiecita, Argentina Monagas.

* Misión de Araguimujo, 31 de mayo de 1945. A las Niñas del Colegio del Pilar, Maracaibo. Muy estimadas Señoritas del Tercer y Cuarto Grado: El Señor nos de su santa Paz. Con gusto les escribimos esta carta mandándoles muchos saludos para todas y para vosotras amiguitas. También les damos las gracias de los regalos que nos mandásteis. Nosotros estamos buenos todos, por la gracia de Dios y de la Virgen María. Muy agradecidos nos despedimos de vosotras sus amiguitos de la Casa-Misión de Araguaimujo, y no tenemos más que decirles. El Señor os bendiga a todas y os ayude. Benjamín Zapata.

* Santa Teresita de Kavanayén, 6 de mayo de 1945. Rdo. P. Antonino de Madridanos, Caracas. Muy amado Padre; Tomo la pluma para pedirte bendición y para decirle lo que pasamos aquí el Jueves Santo. Aquí pasamos el jueves santo rezando en la Capilla delante del Santísimo, y en la puerta de la Capilla pusieron un papel con nombres de los niños y niñas, para que cada hora entren a la Capilla a rezar. Después al día siguiente en el Viernes Santo estuvimos cantando por la noche hasta como a las siete, y empesamos el Rosario como a las cuatro y media, y después del rosario estuvimos apagando las velas, y después estuvimos cantando el miserere mei Deus. Y después de cantar el miserere, con los palitos que llevamos cada uno hisimos ruidos y nosotros estuvimos en el sacristía con el Padre Eulogio, y los otros muchachos estuvieron fuera con el P. Víctor, y así pasamos el jueves y viernes santo. Más nada. Arturo Lobo.

* Santa Teresita, 23 de Julio de 1945. R. P. Antonino de M. Caracas: Respetado y recordado Padre: Paz y Bien. Ante todo te pido la bendición. ¿Cómo estás? Padre, no creas que yo me he olvidado de tí; no, Padre, es que estaba esperando unas fotografías de nosotras para mandártelas para Ud. nos conozca también, pero se perdieron en el camino. Padre, hemos visto en el periódico que vino el jueves en el avión, que se te había muerto tu papá, pedimos mucho por él; no te pongas triste; él está en el cielo gozando de la visión de Dios. Seguro que fue bueno, como tú eres. Este pésame que te doy en nombres de mis compañeras. Bueno, Padre, si Dios, quiere, iré pronto a Caracas y allí te veré. Se despide tu hija en el Corazón de Jesús, Josefa Lanz.

Tenemos que comunicar a nuestros lectores, que estos deseos de la niña Josefa Lanz, se han cumplido. Actualmente se encuentra en Caracas, educándose en el Colegio de Hermanas Franciscanas de Balconcito. Con ella llegó su compañerita María Aurora Calcaño, con el fin de seguir estudios en el Patronato de San José de Tarbes, gracias que les han concedido la Rda. M. Jesús de San Francisco, a la primera, y la Rda. Hna. Lorenza, a la segunda. Esperamos que tanto Josefa como María Aurora, sabrán aprovecharse bien de su permanencia en estos Colegios, para que, una vez terminados sus Grados y de regreso a la gran Sabana, puedan hacer buena labor entre los suyos, ayudando. tanto a los PP. Misioneros como a las Hermanas Misioneras, en su labor de civilización.

Lectores y amantes de las Misiones, vaya para todos la expresión sincera de un más sincero agradecimiento por su cariño y por su interés con los misioneros y su obra.

P. A.
Capuchino.



La Novela de...

(Viene de la pág. 139)

Pero bien pronto tuvo que ceder al mal; se envolvió en su manta y se acostó en su estera, sintiendo, sobre todo, no poder celebrar la santa misa.

Juan Elca vino a ver por qué el misionero no visitaba la escuela; en seguida comprendió:

—Es la fiebre, nitu tiya —dijo—; contrajiste una insolación ayer, mfumu.

Y añadió con el fin de mostrarse amable:

—El Padre José sufrió mucho también con esto antes de morir.

Juan preguntó al Padre:

—¿Qué es lo que dice ese negro?

Y cuando supo la traducción agregó:

—¡Cuidado que es cortés ese negro bruto!

Cuando el catequista se hubo retirado, Juan se deshizo en injurias contra la grosería de estos salvajes y la brutalidad de sus reflexiones: no se calló sin la orden del Padre Marcelo, que declaró querer dormir.

Durmió, en efecto, una o dos horas; al despertar, vió a su cabecera la amable figura del señor Breland, que, no olvidado de su promesa, venía a por su bastón prestado el día anterior. El enfermo se sentía mejor y entablaron conversación.

El misionero pudo asegurarse de los sentimientos del visitante; Breland declaró sin embages que era cristiano fervoroso.

—Vendré —dijo— siempre que pueda a asistir a los oficios de su casa, Padre mío... aunque está muy lejos Kengoka de M'Tardo.

El Padre Marcelo le dió las gracias, le animó y luego, viniendo a lo que le preocupaba:

—¿No es verdad —dijo— que Van Steer procura destruír mi obra?

—No le quepa duda de ello, Padre mío; él es de aquellos a quienes la francmasonería inspira y dirige; él mismo me lo ha confesado, y es hombre que perseguirá con ardor su designio.

—¿No habrá algún medio para impedírselo?

—No veo ninguno, pues no tenemos sobre él acción alguna eficaz.

—¡Dios mío! ¡Y es posible que de nuestra madre patria vengan aquí hombres que combatan nuestra fe, que nuestros peores perseguidores sean precisamente aquellos que nos debían socorrer y ayudar!

—¡Ay!

—¿Para qué servirán las fatigas, los sudores, la vida de los misioneros, si nuestros compatriotas socavan nuestra obra?

—Pero hay quienes les aman, Padre, créame; quienes les sostienen y hablan como ustedes a los negros; yo soy uno de ésos.

—Le doy las gracias de todo corazón; pido a Dios que le bendiga a usted y que ilumine a los otros a fin de que se enmienden.

Breland se levantó:

—Espero, Padre, que se cuidará usted bien; y cuando pueda, vaya a Kengoka: le recibiré lo mejor que pueda y nos pondremos de acuerdo sobre la evangelización regular del pueblo.

El misionero aceptó con gran alegría la invitación y, cuando Breland partió, se sintió fortalecido, reanimado, casi curado.

XIII

¡SOLO!

Los días se sucedían a los días, trayendo cada uno sus ocupaciones incesantes: bautismos, primeras comuniones, muertes, matrimonios, visitas de choza en choza para anunciar la buena nueva.

Pero los paganos permanecían alejados del misionero. Si Van Steer no se dejaba ver, se sentía su acción sorda y continua. De algunos soldados negros que él mandaba, tres eran cristianos...; no habían vuelto más a la iglesia, y cuando el Padre se lo reprochaba, respondían:

—K'iwidi ntangu ko! (¡No tengo tiempo!).

Y se alejaban aprisa, después de un saludo rápido y descortés.

El misionero se sentía desolado; pedía a Dios le proporcionase una ocasión para volver a El aquellos extraviados.

Una mañana, al ir el Padre Marcelo a la escuela a su visita cotidiana, vió

que habían cambiado el sitio habitual de la reunión; se habían colocado muy lejos de la selva, en un espacio descubierto y expuesto al sol, incómodo por consiguiente y peligroso.

Admirado de ello, preguntó la razón a Juan Elca:

—**Mfumu**, hay un olor terrible, que nos ha hecho alejar de allí; debe haber algún cadáver de fiera entre la maleza.

—Hay que averiguarlo—dijo el Padre.

Todos juntos, discípulos y maestro, con el misionero, se dirigieron a la selva; mientras caminaban, hombres y mujeres se iban reuniendo a la tropa, con esa curiosidad infantil propia de los negros.

Al acercarse a la maleza, el Padre Marcelo pudo comprobar por sí mismo que Juan Elca no había exagerado: del matorral salía un olor nauseabundo hasta tal punto que los negros, poco delicados sin embargo, se taparon todos a una las narices.

—Es menester entrar en el matorral —dijo el Padre Marcelo—, y sacar esa podredumbre; puede causar una epidemia en todo el pueblo.

Dos negros obedecieron con precaución y se pusieron a apartar las altas hierbas. Muy pronto, a un metro apenas, apareció el más asqueroso espectáculo: el cadáver de un hombre, hinchado, en plena putrefacción, cuyas carnes ya descompuestas caían a pedazos; ¡era un horror!

Todos retrocedieron llenos de asco y en la multitud se oyeron exclamaciones:

—**Emma masuluka ma mbundu!** (¡qué asco!).

—**Yandi kunucu!** (¡qué mal huele eso!).

El Padre Marcelo se acercó al cadáver, se inclinó para tratar de reconocer al muerto. ¡Inútil! Ni un rasgo, nada más que un montón informe, horroroso, imposible de identificar. Entonces el misionero, volviéndose, preguntó:

—¿Sabéis si alguno ha desaparecido del pueblo?

—No, **mfumu**, ¡no, ninguno!

—Entonces es algún extranjero; de todos modos, hay que enterrarlo. Vamos, hijos, tomad el cuerpo; lo llevaréis al extremo del pueblo y cavaréis una fosa sobre la colina; yo iré con vosotros para decir las oraciones.

Hubo un momento de silencio y nadie se movió; luego Juan Elca y otro negro dieron un paso adelante con el rostro contraído, las párpados fruncidos. Delante del horror que se ofrecía a su vista, retrocedieron invenciblemente paralizados por el asco:

—**Edi nki ndenda balenda?** —murmuraban entre sus dientes apretados por la emoción—; (¿cómo puede ser esto posible?).

Y con tanta energía como confusión, sacudieron la cabeza, encogiéndose de hombros.

Entonces el Padre Marcelo hace rápidamente la señal de la cruz, se acerca al horroroso cadáver, toma en sus brazos aquel cuerpo, y enderezándose, dice con sencillez:

—Id a cavar la fosa: yo lo llevaré.

Todos los negros caminan delante del sacerdote cargado con su asqueroso fardo; la vergüenza domina en ellos por el momento todo otro sentimiento, y la lúgubre procesión silenciosa atraviesa el pueblo. Pero de repente, aquellas almas sencillas ven como un relámpago la heroica sublimidad de aquel espectáculo; los negros se detienen, su grupo se entreabre en una doble fila, y cuando el sacerdote pasa por medio de ellos, con un solo movimiento, se arrodillan con ardiente respeto e inclinan sus cabezas como delante de un santo.

El Padre Marcelo, confuso por el honor que se le hacía, siente sin embargo una alegría profunda, porque espera sacar de aquello un apoyo para su apostolado. Y mientras caminaba, llevando el cadáver cuyo hedor le ahogaba, su alma elevaba hasta Dios y sus labios murmuraban fervorosas plegarias.

Después de la fúnebre ceremonia, cuando volvieron al pueblo, hubo una verdadera porfía por ver quién se acercaba primero al sacerdote para hablarle con un respeto que hacía inclinar las crespas cabezas y levantar luego humildemente los ojos brillantes.

Al día siguiente, muchos paganos, junto con los antiguos catecúmenos que habían olvidado el camino de la casa del misionero, volvieron y pidieron comenzar de nuevo a aprender las lecciones de otro tiempo: aquello fué como un dulce rayo en el alma del misionero, una suave recompensa por el heroico sacrificio del día anterior.

Pero está escrito que el apóstol, si quiere ver fructificar sus trabajos, debe sufrir sin descanso...

▭

Al volver una tarde a su choza, el Padre Macelo encontró a Juan muy emocionado: el recadista de N'Darbua había venido cargado con un voluminoso correo de Europa, y Juan después de haber recorrido una carta dirigida a él, había exclamado muy consternado:

—¡Sólo esto faltaba!

(Continuará).

Obra Seráfica de Misas

Para el auxilio de las Misiones Extranjeras de los FF. MM. Capuchinos

La Obra Seráfica de Misas tiene por fin el sostenimiento de las Misiones Capuchinas entre infieles. Fué fundada el año 1889. La han aprobado y bendecido los Sumos Pontífices León XIII, Pío X, Benedicto XV y Pío XII.

GRACIAS ESPIRITUALES

1a. Participación del fruto de 5.000 misas que cada año celebran los Padres Capuchinos exclusivamente a intención de los bienhechores de sus Misiones.

2a. Participación de 500 misas Conventuales diarias que se celebran en nuestros Conventos por los difuntos y bienhechores de la Orden Capuchina.

3a. Participación en las penitencias y obras practicadas por los mismos Religiosos (que son unos 13.000) y por las Misiones que les están encomendadas.

4a. Indulgencia plenaria y Bendición Apostólica "in artículo mortis".

5a. Indulgencia plenaria en las fiestas siguientes: ::Epifanía del Señor, Exaltación de la Cruz, Virgen de los Dolores (15 de setiembre) y San Fidel de Sigmaringa (24 de abril).

6a. Indulgencia de 300 días cada vez que se haga algo para ayudar a la Obra Seráfica de Misas.

LIMOSNAS PARA HACERSE PARTICIPE DE LOS BENEFICIOS DE LA OBRA

Los difuntos participan por un año, dándose por ellos la cuota de Bs. 1, y participarán "In perpetuum" si la limosna es de Bs. 6. Cuando se trata de los propios padres difuntos, con esta última limosna se hacen ambos participantes.

Los vivos, dando Bs. 1 de limosna, serán participantes por un solo año; y si dan Bs. 25, lo serán perpetuamente en vida y en muerte.

Para cada una de estas participaciones se entrega al donante una patente, donde consta la inscripción de la persona partícipe de la Obra Seráfica de Misas.

TIENEN A SU CARGO LOS PP. CAPUCHINOS

---

50 Misiones

---

769 Estaciones o residencias principales.

1.580 Misioneros Capuchinos.

---

116 Millones de habitantes en sus misiones.

Más de millón y medio de católicos.

---

16 Seminarios con 650 seminaristas.

2.729 Catequistas.

---

26 Vicariatos Apostólicos.

TIENEN A SU CARGO LOS PP. CAPUCHINOS

---

13 Escuelas de Artes y Oficios.

1.312 Religiosas.

41.000 Terciarios seculares.

---

190 Entre Hospitales y orfanotrofios con 8.000 huérfanos.

---

12 Leproserías.

---

120 Farmacias y boticas.

---

20 Tipografías.

2.742 Escuelas y 119.400 Alumnos (8.000 internos).

